

SERMON

De S. Pedro Mártir,

predicado en el Convento de Capuchinas de Granada al Santo Tribunal de la Fé,
año 1798.

Zelus Domus tuae comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. Ps. LXVIII. v. 10.

El zelo de tu casa me devoró, y los ultrajes de los que te calumnian recayeron sobre mí.

ILL.^{MO} SEÑOR.

A sí habla el Unigénito de Dios por boca de David, exponiendo á su Pa-

Padre Celestial el fervor de su zelo por la Iglesia, y los oprobrios que debia sufrir de parte de los enemigos de su gloria; y adoptando yo hoy con la debida proporcion, estas mismas palabras, no dudo repetir las á nombre de un Héroe, promotor infatigable de la Religion de Jesu Cristo, y defensor de su verdadera Iglesia, sobre quien recayeron las iras y el furor de los enemigos de Dios; hablo de San Pedro Mártir de Verona, este espejo de las virtudes, como le nombra Inocencio IV., resplandor de la virginidad, honor de las buenas costumbres, tesoro de la sabiduría, muro inexpugnable de la fé, rayo de la predicacion, azote y martillo de los Hereges, Mártir de la fé por antonomasia.

Bien quisiera, Señores, abrazar en mi Oracion todos estos grandes objetos, dignos ciertamente de esta Cátedra, de mi Héroe, y de tan res-

pe-

petable auditorio; pero como la materia es tan extensa, ciñéndome á las palabras de mi tema, me limito á representarle como un Héroe del zelo por la Religion, célebre por sus trabajos Apostólicos, y por el sacrificio de su vida. Tal es el plan de este discurso. Pidamos las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de María Santísima. Saludémosla con el Angel. *AVE MARIA.*

Zelus Domus tuæ &c.

Basta reflexionar brevemente sobre la preciosa vida y muerte de San Pedro Mártir de Verona para admirarle como un Héroe de la Religion, devorado de zelo en su defensa, y sacrificado por su gloria. Dios que con adorable providencia ha sabido en todos tiempos sacar bienes de los males mismos, y hacer
res-

resplandecer la luz de entre las tinieblas; Dios, repito, Custodio vigilante de su Santa Casa, que para vindicar su gloria y sostener su culto, se dignó conservar inocente á un Loth entre los Sodomitas, producir de padres idólatras al de los creyentes Abrahám, á Job de entre los Orientales, á Bárbara del gentilismo, á Hermenegildo de entre la impiedad Arriana; atendiendo al bien de su Iglesia se dignó sacar como una rosa de entre espinas, á Pedro de Verona de padres Cátaros ó Maniquéos; estos espíritus aturdidos, que negando á Dios el atributo de Criador del Cielo y de la tierra, le atribuyen en parte al demonio, y ponen todo su conato en trastornar la Sociedad civil, y la Gerarquía de la Iglesia.

Deseosos sus padres de que adelantase en las ciencias, le aplicaron á la carrera de las letras; pero e Maestro que era Católico, le instruyó

yó desde luego en el Credo de nuestra profesion, el qual conservó Pedro con tanto teson, que dió por él la vida finalmente. Antes de los siete años tuvo ocasion de dar el primer testimonio de su fé. Un tio suyo, gran partidario del Maniqueismo, le preguntó por curiosidad la leccion; Pedro recitó al instante el símbolo, explicándolo en sentido Católico, especialmente aquellas palabras: *Criador del Cielo y de la tierra*. En vano se cansa el tio en persuadirle lo contrario. Acusóle para con su padre como de un pésimo crimen, y vaticinando como otro impio Cayfás, le declaró terrible algun dia para su infame secta.

El suceso correspondió sin duda al vaticinio; pues el Señor que en esta ocasion perfeccionó su alabanza en boca de un párvulo, segun la expresion de David, no solo se habia propuesto conservarle sin lesion entre las llamas del Maniqueismo, como

mo á los tres niños de la del horno de Babilonia, sino sacarle del lago de estos leones, para que como otro Daniél predicara su grandeza, y fuese azote de los enemigos de la fé.

Su padre mismo contribuía sin saberlo al cumplimiento de los designios de Dios. Determinó pasase á estudiar á Bolonia, persuadido sin duda á que las costumbres relajadas de sus colegas, y las delicias de aquella Ciudad, en nada inferiores á las de Capua, que detuvieron en otro tiempo las conquistas de Aníbal, resfriarian el fervor de su hijo por la Religion Católica, y corrompido ya el corazon con la libertad y malos exemplos, accedería fácilmente á la secta de sus mayores. Así juzgaba de un destino, que disponia la oculta fuerza de la Providencia, para sacarle de esta Ur de los Caldeos, y conducirle á gozar los frutos de una verdadera tierra de Promision, qual es la casa de Domingo.

Apé-

Apénas se alistó en los Estudios de Bolonia, dió muestras nada equívocas de su aplicacion y de su ingenio, haciendo muy en breve maravillosos progresos, no solo en el estudio de las Artes, sino principalmente en la ciencia de los Santos, que estriva en el temor de Dios. El Señor que le habia preservado en Verona de la infeccion del Maniqueismo, se dignó preservarle en Bolonia de la corrupcion del corazon, que traen consigo los malos exemplos. Pedro no obstante conocia su deplorable situacion, y los peligros á que estaba expuesto. Disgustado, pues, de las vanas esperanzas del siglo, como buscá el ciervo las fuentes de las aguas, corre presuroso á buscar á Domingo de Guzmán, este sabio y celoso Director que tantas almas ha guiado al Cielo, y pidiéndole con sumision el sagrado Hábito de su Orden, logró se le vistiese por su misma mano, poco tiempo antes de su di-

dichosa muerte. *Motto como, oris*
 He aquí, Ilustrísimo Señor, un nuevo Eliséo, adornado con la capa y duplicado espíritu de aquel otro Elías. Por no fatigar vuestra atencion, no me detengo á referir los primeros ensayos de virtud de este hombre extraordinario; su obediencia por exemplo, su humildad, su oracion fervorosa, su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche; hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis el fervor de su espíritu; su admirable pureza, esta especie de contagio santo que hacia pasar á los demas; su incomparable abstinencia, que mas de una vez le conduxo al extremo de no poder comer, por habérsele secado las fauces; la austeridad de sus penitencias con que reducia sus miembros á servidumbre, como otro Pablo: dones maravillosos que pedian otros tantos discursos; dones singulares que le ha-

Tom. V. I cian,

cian, como á otro Moysés, amado de Dios y de los hombres; dones en fin extraordinarios, que le hacian sobresalir, como á otro Saulo, entre todos sus contemporáneos. Baste reflexión por ahora sobre su ardiente zelo por la Religion de Jesu Cristo, y bien de las almas.

Dios, que no habia criado tanta luz para que estuviese oculta, sino para que iluminase á los de su santa casa, le infundió un zelo Apostólico, acompañado de una sabiduría y de un espíritu de fortaleza, al qual como al de otro Esteban, no podian resistir sus contrarios. Estimulado de esta pasión santa, salió Pedro como un torrente impetuoso á evangelizar el Reyno de Dios, á defender el honor del Santuario, á confundir la heregía y la impiedad, llevando por todas partes los mas illustres trofeos de la Religion. Las Ciudades de Florencia, de Romandiola, Flaminia, Milán, de una vez, Italia toda, se-

cian

I

. N. mo rán

rán siempre testigos fidedignos del zelo y de los trabajos de este nuevo Apóstol.

¡Jerusalén augusta, Iglesia Santa! no digas ya que estás desierta; despójate del luto, y adórnate de los vestidos de gala. He aquí un hijo que te ha conquistado muchos millares de almas; un hijo que ha renovado tu esplendor y tu belleza; un hijo que con pecho Apostólico hace frente, y confunde á todos tus enemigos; un hijo á quien los elementos, las dolencias, el corazón humano obedecen con rendimiento; un hijo, en fin, á quien el mundo busca y sigue como á Oráculo, diciéndole como el Exército de Judá á Simon Macabéo: *Tú serás nuestro Xefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes.*

Demóstenes, Hortensios, Tulios y demás oradores de Grecia y Roma paganas, ¿quándo vuestra eloquencia logró tantos aplausos? ¿Qué

Pr

I 2

hu-

hubiérais dicho al ver un pueblo innumerable, gentes de ambos sexos, de todas condiciones y estados, que no cabiendo ya en los Templos y plazas, salian como en procesion de silencio á formar teatro de las mas espaciosas campiñas, por oír á este Orador célebre de la ley de gracia; á este hombre de Dios, que inflamado como otro Elías del zelo de su gloria, hace renacer la piedad por todas partes, imponiendo silencio á los hereges, que avergonzados temen parecer en público?

A vista de tan grandes trabajos por la Iglesia, y de méritos tan sobresalientes, ¿quién creyera, Señores, no hubiese ganado Pedro, si no el ánimo de los hereges, á quienes perseguia con teson, á lo ménos el de todos sus hermanos, hijos de un comun Padre? Mas convenia en los designios de Dios, que el que debia ser probado como el oro en el crisol, y padecer peligros como otro

Pa-

Pablo en el desierto, en los caminos, en las Ciudades y en los rios, los padeciese tambien en el Claustro entre falsos hermanos. Convenia, repito, fuese acusado como Joseph y Susana por ser castos; y como nada hay tan malo, ni tan creible, que no se juzgue cierto quando se trata de desacreditar al próximo; ni merezcan atencion, como se explica un Sabio, los mas grandes servicios por la Religion y por la Patria, quando la envidia fomenta, substancia y sentencia el proceso; denunciado Pedro, y juzgado en pleno Capitulo, fué declarado reo de incontinencia, y privado de los actos legítimos. Tanto es la facilidad que hay de ordinario en dar asenso á los detractores, y tanto influxo tiene á veces la emulacion en el juicio de las causas.

Pedro, sin embargo de que nada le redargüía su conciencia, observó en esta ocasion un profundo silencio,

I 3

co-

como Jesu Cristo en otro tiempo á presencia de Herodes, altamente persuadido á que Dios que conocia su interior irreprehensible, le vindicaria en oportunidad y quando fuese de su beneplácito. Entre tanto duplica sus penitencias; sus humillaciones y vigilijs, gloriándose de padecer inocente á imitacion de su Redentor, al qual encomendaba muy de veras el honor del Santuario, y la salud de sus hermanos.

Asi permaneció por algun tiempo siendo víctima de la obediencia, el que Dios preparaba para que lo fuese de su gloria. Dentro de pocos meses fué declarada su inocencia; y restituido á sus honores y empleos Apostólicos, salió como un rio caudaloso, que inunda las campiñas, y marchando con pasos de gigante por los Estados de Florencia, confunde y oprime de nuevo la hydra infernal del Maniqueismo, que hacia en todos ellos miserables estragos. Presenten-

sentábase en todas partes en el pulpito con mayor zelo, y frutos mas copiosos que antes, atrayendo por su humildad profunda, mas gracias cada vez, y bendiciones mas copiosas á sus tareas Apostólicas. Si alguno es del Señor, decia como otro Judas Macabéo, venga conmigo á defender su causa, y perseguir á sus enemigos. La fama de sus milagros públicos y frecuentes le traía gran número de gentes, y las maravillosas conversiones que Dios obraba por su ministerio le conciliaron un respeto universal; de suerte, que venia á ser árbitro del ánimo de los que trataba.

Con el designio de sostener por todas vias la causa de su Dios, instituye aquella célebre y santa Cofradía de Caballeros Cruzados, cuyo principal instituto era hacer frente á la heregía con la pluma, con la espada, y con la sangre. Resolucion noble y generosa, que deberia tener

ner muchos fieles imitadores en nuestro siglo corrompido. Con este poderoso auxilio, y el zelo infatigable de Pedro, vimos, Señor, suprimida en Florencia la secta infame del Maniqueísmo.

Mas nada le parece haber hecho en obsequio de la fé, viendo que el cancer infestaba á toda Italia, y autorizado por Gregorio IX. en 1232. con el título de Inquisidor General y Apostólico, se propuso perseguir la heregía y la impiedad hasta el exterminio. Aquí empiezan de nuevo sus trabajos por el Santuario. ¡Qué de aceleradas marchas por desiertos no menos ásperos que los de Egipto, sin otro alimento que el deseo de ganar almas para el Cielo! ¡Qué de certámenes con los hereges, á quienes dexaba confundidos, como otro Elías á los falsos Profetas de Baal! ¡Qué de asechanzas no ponian contra una vida tan preciosa! ¡Qué de veces no pernoctaba en oracion pa-
ra

ra pedir auxilios á favor de sus mismos enemigos! ¡Qué de ultrages, qué de oprobrios, qué de calumnias no toleró por la Religion! Mientras durare la memoria de los siglos, serán siempre admirables sus trabajos Apostólicos, y los trofeos de su zelo.

Mas ellos mismos le atraxeron la muerte, y en ella su último triunfo. Los Maniqueós que, sobre el ódio implacable que tenian á Pedro desde sus primeros años, se veían abatidos por su sabiduría y por su zelo, desiertos sus conciliábulos, postradas sus esperanzas, y proclamada la gloria del Criador que abominaban, conspiraron al fin contra su vida, sobornando dos asesinos, para que le matasen á su vuelta de Como á Milán, jornada que habia hecho el Santo Fr. Pedro á negocios del Santo Oficio. Ocultáronse estos malvados para ejecutarlo en un bosque cerca del camino, y uno de ellos llamado Carino, le dió con un palo en
la

la cabeza hasta derribarle en tierra, donde su compañero Domingo acabó de maltratarle. El Santo Mártir de Jesu Cristo, que tenia muy deseado este sacrificio, incorporándose como pudo de rodillas, pronunció en alta voz el Credo, principalmente aquellas palabras: *Criador del Cielo y de la tierra*, en cuyo momento le atravesaron el costado con un venablo, y revolcándose en su propia sangre, alzó al Cielo los ojos, y repitiendo aquellas palabras de nuestro Redentor sobre la Cruz: *En tus manos, Señor, encomiéndome mi espíritu*, le entregó en manos de su Criador.

He aquí, Señores, un breve rasgo de la preciosa vida y muerte del Mártir de la fé por antonomasia: he aquí un hombre de Dios, á quien ha devorado el zelo de su Casa, y sobre quien ha recaído el furor de los enemigos de su gloria; he aquí un Héroe de la Religion que con las armas de la fé ha triunfado del mundo;

do; he aquí un hombre extraordinario dotado por Dios de un zelo informado por la sabiduría, inflamado por la caridad, dirigido por la prudencia, y confirmado por la constancia; digno ciertamente de las aclamaciones de los Pueblos, de la veneracion de la Iglesia, de la devocion de los fieles, del título de Patrono con que este santo Tribunal le proclama, y de la singular devocion que le tienen sus Ministros, restablecida en 1633 por autoridad Apostólica.

Resta solo, Señores, que no seamos nosotros ociosos admiradores de los trabajos de Pedro por la Religion, y de los trofeos de su zelo; es decir, que no miremos con indiferencia los ultrajes de Dios y de su Santuario, por falta de zelo cristiano. Si, Señores, atribuyo á falta de zelo en los padres y superiores, que domine el vicio, que reyne la desenvoltura, que tengan fuerza de ley mil desórdenes

pú-

públicos, que marchen los pecadores levantada la cabeza, que los justos sean oprimidos y reducidos á gemir en secreto los escándalos del siglo. ¿Dónde están, os ruego, entre nosotros los que hacen frente al torrente de la iniquidad? ¿Dónde están los Noés que preparen asilo en el diluvio de vicios que nos inundan? En medio de tanto hombre temerario que osan blasfemar de Dios con audacia, ¿dónde están los Moisés que castiguen á estos sacrílegos? Quando vemos la ley santa del Señor solemnemente violada por costumbre y aun por irrisión, ¿dónde están los Elías que zelen la honra de Dios? A presencia de unas juntas mundanas comparables á los Florales, Lupercales, y Bacanales del gentilismo, donde se mira como un arte el agrandar y el seducir, ¿dónde están los Fineés, que con la espada de su zelo proscriban, destruyan y exterminen la inmodestia de estos impíos? Finalmente,

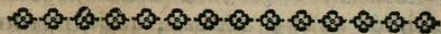
te, dónde están los Pedros Mártires, á quienes inflame el zelo del honor de Dios, la gloria de su Santuario, y la caridad de las almas, á vista de tantas máximas detestables esparcidas entre los sciolos y libertinos de costumbres, reliquias abominables de Wolter y sus secuaces, que saldrian con audacia al público, á no contenerles el temor de este santo Tribunal.

Vivimos, Señores, en tiempos difíciles, en que baxo el velo especioso de ilustracion y de buen gusto, se imprimen y esparcen insignes impiedades, mezclando la cizaña con el buen trigo, y ninguna precaucion está de mas. Si se levantára un enemigo manifesto contra la Iglesia de España, seria arrojado de ella; si un enemigo violento, se escondiera de él por ventura. Mas *latet anguis in herba*, y es necesario mucho zelo, para que un poco de levadura no corrompa toda la masa, según

la sentencia de Jesu Cristo. Nosotros, Señores, servimos al mismo Dios de Pedro, y estamos ligados con los mismos vínculos: debemos, pues, imitarle en promover por todos medios la fé de nuestro Salvador, haciendo frente á todos sus enemigos, y estando preparados como él á ofrecer el sacrificio de nuestra sangre por defender su honor.

Suscitad, ¡Dios mio! el zelo de vuestro siervo Pedro en nuestros dias, para que veamos disipada de toda Europa esta nube opaca de Libertinos, Deistas y Ateistas practicos, estos Apóstoles de la sensualidad, y precursores del Ante-Cristo, que insultan vuestro Santuario, y ultrajan vuestro adorable Nombre. Confundidlos, Señor, conmoved el desierto de sus corazones, atraedlos, convertidlos, para que os conozcan, os amen y confiesen con nosotros, que solo á Vos se debe el honor, la fortaleza, la gloria y la alabanza. Amen. DIXE.

SER-



SERMON

De S. Roque,

Mártir de la Caridad, y Abogado de la Peste.

Fratres imitatores mei estote, sicut et ego Christi. 1. Cor. iv.

Si pretendiera hoy formar el elogio de San Roque, por la nobleza de sus ascendientes, ¿qué materia tan abundante no me proveería la excelentísima casa de los Condes de Montpeller, estos célebres Héroes de la historia, que tanto se han distinguido en las armas y en las letras?

Mas